

ARTE

La visión bíblica de Juan Cantabrana

CARLOS CLEMENTSON

El pintor cordobés Juan Cantabrana expone en el Centro Cultural Cajasur, bajo el título general de "Visión bíblica" un vasto friso pictórico de la vida y pasión de Cristo. Una exposición de obras de muy amplio formato y temática no muy frecuente en nuestros días —desde "Jesús en el templo" a "La resurrección de Lázaro", "La resurrección de Lázaro", "La última cena" o "La oración del huerto", entre otras— que aúnan un fuerte sentimiento religioso a un hondo sentimiento de la pintura.

Juan Cantabrana ha pintado el ruido y el viento. El pintor de la luz, el autor de esa serie gozosa de desnudos y jardines que tanto nos reconcilian con la vida, en esta divergente y patética visión bíblica de la Pasión, que hoy nos presenta ya completa, se ha decidido a plasmar, dentro de ese impresionante último acto del Calvario, el momento dramático de la muerte de Jesús, el segundo exacto de la expiración, en el marco de las apocalípticas consecuencias que la muerte del justo opera sobre la Naturaleza, ese desencadenamiento ciego y brutal de las fuerzas primordiales.

Se trata de uno de los momentos más terribles y conmovedores de los Evangelios. De la tremenda convulsión e inversión de la Naturaleza, que se quiebra, que se agita y estremece en un telúrico grito de protesta y rebelión ante el crimen, en un vasto grito de dolor que recorre el espinazo todo de la tierra, que protesta iracunda por la voz de ese gran vendaval desencadenado ante la muerte de Cristo, acontecimiento tan terrible que hace resucitar hasta a los muertos, mientras sus blancos sudarios son arrebatados por la fuerza del viento.

Complejidad

Esta fuerza desencadenada de los poderes cósmicos, la estremecida convulsión, el ronco estruendo del trueno que recorre las entrañas de la tierra, los sangui-nolentos arboles de ese cielo cruzado de fulguraciones y relámpagos en asolador torbellino que todo lo arrebatan con su fuerza, todo ese oscuro ímpetu de protesta de una Naturaleza irritada ante el terrible desenlace, es lo que ha sabido plasmar, entre otras cosas, entre tantas otras cosas —íntimas y profundas e intensamente religiosas— el trazo, poderoso y audaz de Cantabrana, fruto todo ello de una previa y reflexiva concepción personal del drama del Calvario, de un intenso y continuado comercio espiritual, en muchos años, con las escrituras.

Así, dentro de esa extraordinaria complejidad expresionista del cuadro, del barroco abigarramiento cromático y dinámico de sus figuras, de ese patetismo altamente espiritualizado de los tres crucificados sin cruz física alguna, como suspendidos en el espacio o de los mismos elementos, como suspendidos del viento, de la luz,

del color mismo o de las sombras, en esa difícil perspectiva semicónica desde la que audazmente se contempla el drama, el foco de atracción de esta magna composición es la cabeza de Jesús, y dentro de ese rostro yerto y atribulado, el desvalimiento silencioso de su mirada, el patetismo de esos ojos de desamparo y orfandad; esa mirada vidriosa ya y perdida en el vacío de la altura con la boca vencidamente abierta en el exacto instante del último aliento, en el instante preciso del tránsito de la vida a la muerte.

La figura de Cristo

Creo que con este Cristo noble, lívido, desamparado, y, sin embargo, de tan íntima y humanísima belleza física, con este Cristo crucificado en brazos de los elementos que sublévase heridos ante su muerte, Juan Cantabrana ha conseguido una nueva imagen o arquetipo plástico del Salvador. Ha creado un Cristo iconográficamente distinto a los más característicos y a los que estamos más acostumbrados a contemplar: un Cristo bello y doloroso a un tiempo, realísimamente humano y aereamente espiritualizado en esa anticipada ascensión desde la Cruz del Viento y el espacio; un Cristo que apenas muerto, ya está anticipando iconicamente el milagro de su resurrección, y hasta de su gloriosa ascensión a los cielos.

No se trata del sereno, semio-culto y estático Cristo de Velázquez, un Cristo noble y clásico, que casi nos escamotea las huellas del dolor o el rictus del sufrimiento bajo el oscuro velo nocturno de su negra cabellera; no es tampoco el Cristo dramáticamente espeluznante y morboso de ciertos extremismos iconográficos, ciertamente tembles, de la tradición castellana; tampoco el Cristo fácilmente expresionista y desajustado de cierta pintura religiosa contemporánea, de un más o menos gratuito efectismo. Se trata de un Cristo hermoso y humano, digno y doliente, a la vez, en su temble desvalimiento sin orillas; de un Cristo hombre, pero con la serena majestad vulnerada de un Dios. De un cuerpo bello y lívido, de unas manos finas y marfileñas, y en un prodigioso escorzo total de su brazo izquierdo, que es toda una impresionante lección práctica de técnica y maestría: brazo en escorzo y cabeza implorante que centran y dan profundidad y relieve, un casi táctil y tangible verismo a toda la dramática escena.

La fuerza del color

Y este Cristo universal se alza implorante sobre un cielo de fulgores dramáticos y arrebatados. Este cielo del trágico momento del Calvario sirve a Juan Cantabrana para darnos acabado testimonio también, ya en el orden puramente técnico, de su experimentación, análisis y dominio del color; en ese estudio, por ejemplo, de las distintas gamas de cielo bajo los efectos del eclipse.



Fragmento de una obra de Cantabrana.

Más ese cielo de encarnaciones dramáticas e irreales, ese vendaval tan realmente pintado y ese fragor que atruena la escena toda y que lleva a los presentes a taparse los oídos con las manos, como en el ya clásico cuadro de Munch, o a intentar adoptar la mejor postura desde la que enfrentarse a la furia de los elementos, no constituyen un más o menos gratuito alarde de dominio técnico y cromático por parte de este artista de la luz, sino que lo que hacen es subrayar el tremendo dramatismo del desenlace de este último acto del Calvario. Al tiempo que toda esta ambientación atmosférica se halla igualmente al servicio de la colectiva psicología del cuadro: una escena, en su conjunto, que se mueve en el orden de los tonos calientes, desde los primeros violetas del espectro hasta los rojos más azules, en una especie de progresivo y exaltado delirio cromático, en el que las ráfagas del color parecen mezclarse a las mismas arrebatadas ráfagas de viento, en una vorágine de actitudes, gestos y miradas.

Sobriedad y dinamismo

En toda una vasta visión bíblica, y muy en particular en este último cuadro, Cantabrana llega —creo— a su cima; el artista cordobés ha querido plasmarnos la Pasión desde dentro, el drama y el dolor desde el interior de las personas, huyendo de los efectismos más o

menos convencionales de la efusión de la sangre, de los clavos y los desgarramientos de la carne bajo el tormento. No hay una sola gota de sangre en este cuadro; no hay clavos, no hay espinas, no hay herida en el costado de Cristo. No hay en la mayoría de estos cuadros elementos externos pasionales que distraigan del verdadero sentido del drama interior, de la honda tensión psicológica de los distintos personajes, que se transmite, a su vez, al conjunto de la escena: un mundo humano, delirante y abigarrado en este caso, en una vorágine de gestos, de actitudes y expresiones, de cerca de cincuenta figuras en las gestualidades más vivas y agitadas, en un magistral y complejísimo dinamismo barroco que supone todo un desafío a la madurez técnica y compositiva del artista, a la vez que un expresivo contraste con el enniesto equilibrio de Jesús y su armónica verticalidad ascendente en brazos del viento.

Plasmar toda esta compleja serie de expresiones y rictus de pasmo, de estupor, de pánico, angustia y maravilla ante el furor de los elementos agitados, con unos diez o doce difíciles escorzos y cerca de una treintena de estudios de manos y de gestos, no creemos empresa nada fácil.

Y en esta abigarrada humanidad de la escena, la zona inferior izquierda del cuadro presenta, al margen del acabado estudio de pliegues y de lienzos, una sobrea-

ñadida dificultad técnica: casi todas las telas están en el mismo color, aunque en distintos grados. Cada paño tiene una tonalidad diferente, aunque todas dentro de la típica gama de los violetas, de Juan Cantabrana.

El difícil contraste viene a establecerse con el mismo color: el violeta, tan distintivo del pintor, que como los viejos maestros gusta siempre de retratarse en un rincón cualquiera de la escena, en esta ocasión en una espléndida actitud de sorpresa, de devoción y expectante respecto ante la escena, con los ojos clavados en los del Salvador y trazando sobre el cuadro una invisible diagonal óptica de emociones. En una actitud, si, de atento testigo vivo de este último acto del Calvario.

Si, él lo ha visto; él lo ha visto todo; él ha escuchado quebrarse atronadoramente las rocas y soplar la furia desatada del viento, mientras flameaban violentos los ropajes de una humanidad atónita ante el prodigio, como banderas de pasmo y desolación. El ha oído ese estruendo seco del mundo que se quiebra, y ha sorprendido —sobrecogido de sagrado temblor— esa última mirada vidriosa del Hijo de Dios, perdida en un cielo borrascoso y sangriento. El lo ha visto todo; por ello nos lo ha plasmado con esta extraordinaria fuerza plástica, con esta luz trágica y dolorosa, y esa honda palpación religiosa de hombre sensible ante el misterio.